

PRENSA PERIÓDICA, POLÍTICA Y CAMPO CULTURAL EN EL RÍO DE LA PLATA: PEDRO DE ANGELIS, «ESCRITOR OFICIAL»

Franco QUINZIANO

francoquinzi@msn.com

IRI– Universidad de La Plata

*Disponga V(uestra) E(xcelencia) de mi voluntad, de mi
persona, de todo cuanto me pertenece. Mi vida entera
estará siempre vinculada a su persona, y a [su] suerte...*
Pedro de Angelis a Juan Manuel de Rosas (21-06-1843)

Resumen

El periodista y bibliófilo italiano Pedro de Angelis constituye un ejemplo emblemático de las relaciones privilegiadas que la prensa periódica y el campo intelectual han entablado con el poder político a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Desde esta perspectiva, y atendiendo a las relaciones lógicas que pueden reconocerse entre el campo cultural y el poder político, el estudio examina la labor del letrado napolitano en el seno de la prensa periódica del Río de la Plata a lo largo del segundo cuarto de la centuria.

La constante colaboración con las diversas administraciones —desde Rivadavia hasta Rosas— y las innumerables iniciativas llevadas a cabo en el campo del periodismo, de modo especial a través de las páginas de *El Lucero* y el *Archivo Americano*, confirman su función como propagador de saberes y legitimador de los discursos que en campo cultural enhebra el poder político. Su itinerario intelectual, desde su inicial colaboración con el proyecto rivadaviano de promoción cultural, hasta su vinculación estrecha con Rosas, para erigirse en propagandista y vocero del régimen, revelan una trayectoria moldeada en torno a constantes mutaciones, protecciones y reacomodamientos en su vínculo con el poder. Su labor en la prensa rioplatense, que reconoce un inmutable apego a los ámbitos del poder político, como intelectual y «escritor público», corrobora su papel como promotor y difusor de saberes, orientados a la legitimación del discurso del poder en la fase que se corresponde a los epígonos del neoclasicismo y los albores del romanticismo en el Plata.

Palabras clave: De Angelis, Prensa periódica, Campo cultural e intelectual, Río de la Plata, Rosas.

Abstract

The journalist and Italian bibliophile Pedro de Angelis constitutes an emblematic example of the privileged relationship that the press and the intellectual field have begun with the political power during the first half of the 19th century.

From this perspective, the study examines the cultural activity of the Italian intellectual in the bosom of the Río de la Plata press along the second quarter of the century. The constant collaboration with the diverse administrations and the innumerable initiatives in journalism field, confirm his function as cultural promoter as well as diffuser of the speeches of the political power in the cultural field.

His intellectual itinerary, from his initial collaboration with the Rivadavia project of cultural promotion, up to his collaboration with Rosas, reveal a path of constant mutations and adjusts to the power. His activity in the Río de la Plata press, his immutable attachment to the areas of the political power, as intellectual and «public writer», confirm the Italian author as a cultural promoter and diffuser, orientated to the legitimization of the speech of the power in that phase of the Neoclassicism and beginnings of the Romanticism in the Río de la Plata.

Keywords: De Angelis, Newspapers, Cultural and Intellectual fields, Río de la Plata, Rosas.

En la compleja urdimbre de las relaciones que establece la emergente prensa periódica con el poder político y el campo intelectual en el Río de la Plata a partir del segundo decenio del siglo XIX, de modo especial a partir del ascenso al poder de Rosas, el italiano Pedro de Angelis ocupa sin duda un lugar destacado, tal vez el más prominente. Personalidad versátil, compleja y polifacética, detentador —aunque algo petulante— de saberes, formado culturalmente en la Europa del Enciclopedismo y bajo el influjo del naciente liberalismo, De Angelis incursionó en los más diversos campos del saber. Su biblioteca, cuyo catálogo publicó en 1853, con el fin de ponerla a la venta para solventar sus necesidades económicas fue probablemente una de las más importantes del Río de la Plata, superior incluso a la que en aquellos años reunieron Mitre, Ángel Lamas y los Trelles (Sabor 1995, 159-203). Entre las variadas actividades a las que se dedicó en sus largos años en Buenos Aires, destacan su labor como educador, profesor, bibliotecario, biógrafo, literato, bibliógrafo, estudioso de lenguas indígenas, diplomático, experto en el campo de las relaciones exteriores, aunque fueron el periodismo y la historiografía los principales campos de los que se ocupó. Desde su llegada al Río de la Plata fueron numerosas las iniciativas editoriales que lo tuvieron como principal animador, revelando

una sorprendente capacidad de trabajo como difusor de saberes en función de los gobiernos de distintos signos que se sucedieron a lo largo del segundo cuarto del siglo XIX.

Ahora bien, de todas estas múltiples ocupaciones, si nos atenemos a su continuidad y persistencia, a su capacidad de trabajo y al protagonismo que exhibió en el campo de la cultura en los años 30 y 40 del Ochocientos, resalta su actividad como periodista y editor de diversas publicaciones, animada por la relación privilegiada que logró entablar con el poder político de turno; empeño que se vio reforzado desde 1831 a través de su rol como tipógrafo y administrador de la Imprenta del Estado (Díaz Molano 1968, 78-82; Sabor 1995, 37-38 y 45). Es, en efecto, sobre todo en el campo del periodismo político y cultural, al poner su pluma y su talento al servicio de los diversos gobiernos que se suceden en aquellos cinco lustros, desde su arribo a Buenos Aires en 1827 hasta la caída del régimen de Rosas, en 1852, en el que es posible percibir de modo evidente su función de «escritor público» como defensor y legitimador del poder de turno. La trayectoria de De Angelis constituye un ejemplo emblemático de las relaciones privilegiadas que la prensa periódica y el campo intelectual han entablado con el poder político a lo largo de la primera mitad del siglo. Para examinar estas relaciones lógicas entre campo cultural y poder político (Bourdieu 2003) en el ámbito del periodismo y en la fase que se corresponde a los epígonos del neoclasicismo y los albores del romanticismo rioplatense, en este estudio se aborda el itinerario del letrado italiano y su actividad en el seno de la prensa periódica rioplatense del periodo, como editor y legitimador de los discursos que enhebra el poder, desde sus primeros meses en Buenos Aires apoyando —junto al liberal español José de Mora— el proyecto de promoción cultural de Rivadavia, hasta su conversión, a caballo de los años 20 y 30, que acabaron erigiéndolo en ferviente partidario de la causa federalista y de modo explícito, desde 1833, en propagandista y vocero del régimen de Rosas. Dicho itinerario, que reconoce un inmutable apego y una estrecha colaboración con los ámbitos del poder político, como intelectual y «escritor público», revela una constante voluntad de proporcionar saberes y contenidos orientados a la legitimación del discurso del poder de turno en los años que ocupan el segundo cuarto de la centuria en el Río de la Plata.

De Europa al Río de la Plata. Pedro de Angelis: liberal y muratiano

Desde los inicios de 1827, cuando, procedente de París, el bibliófilo italiano llega a Buenos Aires contratado por el gobierno de Bernardino Rivadavia, hasta su muerte a finales de los años 50, su itinerario intelectual en las tierras del Río de la Plata revela una verdadera ráfaga de trabajo que se expresa

en un sinfín de actividades e iniciativas culturales. Entre otras actividades, de Angelis se desempeñó como redactor y director de diversas publicaciones periódicas y fue administrador responsable por muchos años de la Imprenta del Estado y de la Imprenta Independencia, siendo asimismo autor de algunas biografías y recopilador y editor de valiosos documentos y fuentes históricas del período colonial, referidos a los territorios que habían formado el ex Virreinato del Río de la Plata, y que yacían casi olvidados en archivos y bibliotecas particulares. El letrado europeo, quien siempre mostró interés por la cuestión educativa, participó además en la creación del primer colegio para señoritas y de uno de los primeros institutos de enseñanza secundaria en tierras del Plata, el *Ateneo Argentino*. Se desempeñó también como redactor de informes y estatutos de reforma de la Universidad de Buenos Aires, para ya en tiempos de Urquiza, con quien —a la caída del gobierno de Rosas— quiso congraciarse, erigirse en autor de un anteproyecto de constitución que elevó en 1853 al congreso constituyente de Santa Fe que debía sancionar la nueva carta magna.

Illuminista y liberal de formación, muratiano y luego *carbonario* en sus años de juventud en Italia, dotado de una envidiable capacidad de trabajo y de amplia curiosidad intelectual, a su llegada a Buenos Aires inició su actividad periodística y literaria como acérrimo defensor del gobierno de Rivadavia. Desde su temprana adhesión a las ideas liberales y de progreso material y cultural que promovía el gobierno rivadaviano, pasando luego por su sucesivo acercamiento a Dorrego, a los gobiernos de los gobernadores federales Viamonte, Maza y Balcarce, para acabar instalándose finalmente, a partir de 1833, como panegirista de Rosas, del que acabará erigiéndose en su vocero y asesor más prestigioso, es posible percibir un itinerario de profundas mutaciones en sus preferencias y simpatías ideológicas. La crítica ha subrayado su persistente vinculación al poder de turno, enfatizando la «labilidad de vínculos que aproximaban o distanciaban a De Angelis de sus pares argentinos» (Sazbón 1994, 20). En función de los frecuentes vínculos que el italiano llegó a entablar con el poder de turno, de modo especial con el régimen de Rosas, su figura cayó por largos decenios en el ostracismo, al tiempo que sus actividades y aportaciones en el campo de la cultura fueron subestimadas o silenciadas. Conocido en el Plata como «el sabio napolitano», su misma biografía e itinerario intelectual se hallan fuertemente impregnados por este lazo estrecho que mantuvo con el poder por casi dos decenios, habiéndose convertido incluso en tiempos recientes en personaje de ficción de una estimable novela de María Rosa Lojo (1998), centrada en la hija del dictador, Manuelita Rosas, y las páginas secretas del extraviado diario de De Angelis, como espejo de

las contradicciones y conflictos que signaron la historia argentina en el XIX. Entre sus contemporáneos, fueron muy dispares las opiniones, según de qué bando proviniesen: si Veraigne, Tomás Guido o Zinny halagaron y ensalzaron su labor periodística e historiográfica en el Río de la Plata, sus contrincantes, Rivera Indarte, Esteban Echeverría, Sarmiento y Juan Bautista Alberdi, miembros de la juventud del 37, debido a sus constantes vaivenes y cambios de opinión y, especialmente, en razón de su vínculo estrecho con el dictador Rosas, le juzgaron muy negativamente. En este sentido, al aludir a sus antecedentes europeos, de los que el napolitano alardeó, Indarte y Echeverría, o bien los subestimaron o bien los pusieron claramente en discusión. Si el primero recordaba que «en su juventud ha[bía] sido lo que se llama una mala cabeza [lanzándose ...] con calor en las ideas liberales [y...] todos los emigrados italianos de aquella época que residen en París habla[ban] de De Angelis como traidor oscuro y villano» (1853, 149), el autor de *La cautiva* señalaba por su parte que, antes de llegar al Río de la Plata, el italiano «había sólo escrito en la tal Revista [*Revue Européenne*] [...] un artículo de estudiante insípido sobre costumbres napolitanas [que ...] tuvo el cuidado de desparramar como muestra de su gran talento», resaltando al respecto que no había faltado «quien se riera a carcajadas de su charlatanismo fatuo y [...] pretensiones literarias» (Echeverría 1873, t. IV, 234)¹.

Más allá de estas opiniones, que se inscribían en el fuego de las pasiones y de los enfrentamientos ideológicos que promovió el rosismo, lo cierto es que, cuando De Angelis arribó a Buenos Aires a finales de 1827, traía consigo un importante bagaje cultural. Junto con ello podía exhibir una amplia experiencia en los asuntos públicos europeos, que le habían granjeado cierta estima en los ambientes culturales de la Europa de inicios del XIX (Weiss, 1944; Díaz Molano 1968, 23-40; Marani 1987, 95-99; Sabor 1995, 1-15). Había sido testigo, directo y de segundo plano, de varios acontecimientos que habían signado la Europa de los primeros años del Ochocientos como la asunción del gobierno napoleónico en su ciudad natal, primero bajo José Bonaparte y sucesivamente Joaquín Murat, con cuyo gobierno había colaborado como preceptor de sus hijas y más tarde en calidad de consejero de Intendencia de la provincia de Nápoles y profesor de geografía e historia en la Escuela Politécnica del reino partenopeo. Había presenciado también la caída del Imperio napoleónico y el

1. El artículo al que alude Echeverría, «Les italiennes», había sido publicado en 1826 en la *Revue Européenne* de París. Este extenso trabajo fue posteriormente reimpresso en 1855, mientras el autor se hallaba desterrado en Montevideo, por la Imprenta del Río de la Plata. Véase al respecto el excelente estudio bio-bibliográfico sobre el autor napolitano de Sabor (1995, 291-294).

establecimiento del Congreso de Viena, que sancionaba un nuevo equilibrio político en el viejo continente². Podía jactarse asimismo de haber intervenido en el campo de la diplomacia europea, defendiendo, junto a su hermano Andrés, los intereses de Murat en el Congreso de Viena y los del gobierno constitucional partenopeo en calidad de primer secretario de la embajada en París entre 1820 y 1821, como así también presumir de haber estrechado importantes relaciones con prestigiosos intelectuales y al mismo tiempo colaborado en diversas publicaciones periódicas culturales, italianas y parisinas.

No se conocen bien las razones que llevaron al escritor italiano a dejar su ciudad natal entre finales de 1818 y principios de 1819. Es muy probable que en dicha decisión incidieran sus simpatías con los *carbonarios* napolitanos, cuyos fermentos revolucionarios, de allí a pocos meses, desembocarían en el interregno constitucional de 1820 e inicios de 1821. Después de una breve estancia en Ginebra, donde estrechó relaciones con el patriota Sismondi, hacia finales de 1820 se trasladó a París para asumir sus funciones en la embajada de Nápoles. Su talento le abrieron las puertas de los ambientes culturales y salones literarios de la capital francesa, favoreciendo el cultivo de relaciones de amistad y de colaboración intelectual con importantes personalidades, en su mayoría vinculadas al liberalismo europeo, como Destutt de Tracy, el general Lafayette, Cousin, Michelet y Veraigne, y sobre cuyos ilustres y prestigiosos nombres procuró construir su perfil de intelectual aureolado ante los literatos argentinos. Será Veraigne, quien aconsejará a Rivadavia la contratación del napolitano con el propósito de sumarlo a la política de promoción educativa y cultural que aquél estaba llevando a cabo en el Río de la Plata, recordándole que el italiano «goza[ba] de grande estima entre los más distinguidos literatos de Europa» (cit. en Díaz Molano 1968, 44)³. «Rivadavia tuvo varias entrevistas en París con Destutt de Tracy y con Mr. Veraigne; trabó amistad con ellos y les pidió ayuda y asesoramiento. Uno y otro le mencionaron varios nombres, entre ellos, el de De Angelis; le hablaron de sus condiciones de exiliado

2. Después de la caída de Murat, De Angelis siguió colaborando con los Borbones, desempeñándose como oficial del Ejército en el Comando supremo en Sicilia y corrector de Imprenta en el Estado Mayor. Weiss observa que el italiano «continuó al servicio de los Borbones, como muchos otros muratistas (...), aspirando a una organización liberal del Estado y mirando con visión suficientemente amplia los destinos de Italia ligados al movimiento de liberación de las dominaciones extranjeras»; 1944, 49-50.

3. La carta de Veraigne a Rivadavia fue redactada a finales de 1826 y llevada personalmente por el italiano como carta de presentación para ser entregada al gobernante argentino. La misiva se encuentra depositada en el Archivo General de la Nación de Argentina (AGN). En opinión de Rivera Indarte, fue en cambio el literato español José Joaquín de Mora quien habría presentado el italiano a Rivadavia (1853, 129).

italiano, de sus ideas liberales, de sus aptitudes, de su capacidad para el trabajo», anota de nuevo Díaz Molano (*ibidem*, 43). Con el fin de hacer de Buenos Aires un foco de cultura y progreso en Sudamérica, en esos mismo años, entre 1825 y 1827, Rivadavia promovía la llegada de diversos hombres de cultura y ciencias desde Europa. Atraídos por las ofertas del gobierno rivadaviano, arribaban también a Buenos Aires otros liberales italianos exiliados, como De Angelis, para ponerse a disposición del proyecto del mandatario. Entre ellos, descollaron los piemonteses Pietro Carta Molino, Ottavio Massotti y Carlo Ferraris, «hombres de ciencia y experiencia de vida dramática [...] que trajeron al Nuevo Mundo un tesoro de doctrina y afectos y que [en el Río de la Plata] dejaron una profunda huella en el campo de sus respectivas competencia» (Marani 1987, 8). Veraigne convenció al napolitano para que aceptase la oferta que aquél le había formulado con el fin de montar un colegio y hacerse cargo —junto con el liberal español José Joaquín de Mora— de dos publicaciones periódicas en el Río de la Plata. Su amigo francés le señalaba a quien sería el primer presidente argentino que conocía «desde hac[ía] varios años al sr de Angelis», apreciando «cada día más su talento». «Estoy convencido —proseguía en su misiva— de que es una adquisición preciosa para la República y que realizará plenamente [sus] intenciones» (en Trostiné 1945, 17). Por su parte, Destutt de Tracy, en una carta dirigida al presidente argentino, de setiembre de 1826, lo felicitaba por «haber elegido un hombre con tantos méritos para el desempeño de este importante cargo» (en Weiss 1943, 61).

Ante la imposibilidad de poder regresar a su ciudad natal, aun después de la llegada al trono de Francisco I en 1825, quien se perfilaba como monarca mucho más liberal que su padre, el italiano decidió aceptar la propuesta del gobierno rivadaviano para continuar sus actividades culturales en el Río de la Plata. En opinión de Tagle Achával (1999, 23), frente a la reacción antiliberal de la Santa Alianza, «debíó concluir de Ángelis que América era el futuro que se podría construir, y Europa era el pasado» que había regresado a las tinieblas del absolutismo autoritario. Buenos Aires se le presentaba al italiano, pues, como la última esperanza para realizar sus ideales liberales, poniéndose al servicio de la causa republicana rivadaviana. «Libre, rica, tranquila, organizada/ ya brilla la República Argentina», declaraba en unos versos de ese mismo año el poeta Juan Cruz Varela, quien cantó las grandezas del modelo de Rivadavia en su *Canto al triunfo de Ituzaingó*⁴, confirmando con ello el optimismo que

4. El poema fue recogido años más tarde en la antología rioplatense *El Parnaso Oriental o Guirnalda poética de la República Uruguaya*, Buenos Aires, Imprenta Libertad, 1835, 61-90; los versos citados en página 90. Versión digitalizada de la primera edición: <http://archive.org/stream/elparnasoorient00unkngoog#page/n0/mode/2up>

generaba en el campo de los intelectuales liberales porteños la política rivadaviana, sancionando a los territorios del Río de la Plata como nueva tierra prometida. Sin embargo, al tomar la decisión de sumarse al proyecto cultural de Rivadavia, como se ha observado, el escritor partenopeo «lo hizo pensando en una próspera, cuanto pasajera, aventura americana y estaba lejos de imaginar el nuevo giro que tomaba su destino al cruzar el Atlántico» (Trostiné 1945,18). El proyecto rivadaviano, de allí a pocos meses acabaría derrumbándose y las desilusiones y el deseo de regresar a su patria o aproximarse a ella de algún modo serían una aspiración sumamente presente en el ánimo del italiano, ya desde mediados de los años 30' y hasta casi sus últimos días, como revelan sus cartas dirigidas a familiares y amigos. Son misivas que se hallan dominadas por la nostalgia, el desencanto y la angustia que atestiguan los deseos de regresar a Europa, arrepentido de su decisión de afincarse en tierras inhóspitas que no sabían valorar sus méritos⁵. Las dificultades y penurias económicas que le acompañaron en sus años americanos, las coyunturas políticas adversas en Europa y en el sur de Italia fueron postergando en varias ocasiones su voluntad de regresar a Europa. Luego, en sus últimos años, la edad avanzada acabó malogrando definitivamente su anhelo de marcharse de los territorios del Río de la Plata, falleciendo en pobreza y soledad en su quinta de San Isidro, en el conurbano bonaerense, en febrero de 1859.

Pedro de Angelis, José Joaquín de Mora y el periodismo rivadaviano

La mayor presencia de la prensa periódica patriótica que acompañó el proceso revolucionario —y que comportó la gestación de una aún incipiente nacionalidad— reflejaba la importante función asignada por los emergentes grupos criollos al periodismo como campo de batalla de posiciones políticas e ideológicas. En dicha perspectiva, sorprende la cantidad de nuevas publicaciones que ven la luz en el Río de la Plata durante el período 1810-1825 (Zinny 1869; Fernández, 1943, 47-65; Galván Moreno 1944, 52-123, Quinziano 2011,79-92). En los años 20 la prensa rioplatense adquiere cada vez mayor relieve y cierta «mayoría de edad», aunque casi todas las publicaciones aún adolecen de cierta discontinuidad y en general ostentan una vida muy breve,

5. Sumamente reveladoras de esta voluntad de marcharse del Plata y regresar a su Nápoles natal son las cartas que le envió al cónsul de Rusia en Brasil, caballero de Wallenstein, entre 1837 y 1841 (Cortésao 1951, 21-33). Así, a modo de ejemplo, en su misiva del 16 de marzo de 1838 le comenta que le «urge abandonar este desdichado país, donde he vegetado 11 años»; en otra de algunos meses más tarde, con fecha 26 de agosto, le señala a su interlocutor que su «deseo es retornar a Europa», puesto que «estos países nuevos no son de mi gusto», en Díaz Molano 1968, 95-96.

registrando en algunos casos apenas una decena de números y en otros un par o incluso un solo número. Muchas iniciativas editoriales nacen y desaparecen al compás de los vaivenes políticos y los apoyos circunstanciales que pueden o no recibir desde el gobierno o de determinada facción política en función de la evolución de determinadas coyunturas. En este sentido, las dos primeras publicaciones dirigidas por De Angelis y Mora apenas arribaron a Buenos Aires en 1827, no escaparon a esta realidad que delataba la inestabilidad y precariedad de todo proyecto editorial que intentaba ponerse en marcha en aquellos primeros decenios del XIX. Pocos años antes de que ambos letrados europeos arribasen al país, durante el primer lustro de los años 20, habían visto la luz algunos periódicos de relieve, como *El Argos de Buenos Aires*, *El Centinela* y *La Abeja argentina*, fundados o redactados por periodistas y escritores que mayoritariamente gravitaban en torno al grupo dirigente rivadaviano, defendiendo las políticas del en aquellos años ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores de Martín Rodríguez.

Rivadavia, quien se había propuesto hacer de Buenos Aires un foco emergente de cultura y progreso, percibió la importancia de la prensa periódica como instrumento insustituible para promover sus principios liberales y difundir su labor de gobierno, primero como ministro y luego presidente. Su propósito era generar una opinión pública favorable para sus políticas y ampliar así las bases de consenso, bastante limitadas por lo demás, puesto que las mismas se circunscribían fundamentalmente a la emergente burguesía criolla de la ciudad de Buenos Aires, vinculada a los intereses comerciales del puerto, contando con muy limitados apoyos en las provincias del interior. En dicha perspectiva deben ser vistas las diversas iniciativas editoriales recién citadas de principios de los años 20 y de modo más acusado la oferta que el estadista —ya erigido en primer presidente argentino— les hizo llegar a ambos exiliados europeos para hacerse cargo de sendas publicaciones. A finales de diciembre de 1826 De Angelis se embarcaba hacia Buenos Aires en el *Auguste*, acompañado por su esposa suiza, Melanie Dayet, quien había sido institutriz de la mujer del conde Orloff, cónsul ruso en París, y el matrimonio Mora, arribando las dos parejas al puerto de Buenos Aires, desde Montevideo, donde previamente habían desembarcado, a finales de enero de 1827.

Mora era un liberal exiliado, más radical y exaltado que el napolitano, que ante el regreso del autoritarismo borbónico, después del trienio constitucional en España, se había visto obligado a emigrar, afincándose en Londres, donde conoció y trabó amistad con Rivadavia en uno de los viajes del gobernante argentino a Inglaterra. Amigo, entre otros, de Martínez de la Rosa y Alcalá Galiano, exponentes de la primera generación romántica, Mora había residido

también por un largo período en París, donde había conocido a quien sería su mujer, Fanny Delauneux. En la ciudad del Sena había aprendido el francés, que, del mismo modo que el inglés, escribía y hablaba a la perfección. Era un intelectual y educador de amplias inquietudes culturales y exhibía una sólida formación de base neoclásica y enciclopedista (García Castañeda, 2002). Aunque sólo le llevaba un año de edad, contaba con una experiencia mucho más amplia que De Angelis en el campo de la prensa periódica, habiéndose distinguido como periodista cultural en la *Crónica Literaria y Científica* que había fundado en 1817, y en su continuación *El Constitucional* (1820). Había proseguido luego su actividad de escritor y periodista durante los años del trienio liberal, redactando y dirigiendo numerosos periódicos madrileños — *La Minerva Nacional* (1820), *Correo General de Madrid* (1821) y *El Indicador de las Novedades, los Espectáculos y las Artes* (1822)— en los que exaltó los ideales liberales. Entre 1824, cuando inicia su exilio londinense, hasta su viaje al Río de la Plata, Mora se había desempeñado además como redactor del *Museo Universal de Ciencias y Artes* (1824-26) y *El Correo Político y Literario de Londres* (1826), periódicos que se agregaban a la constelación del *Repository of Arts, Literature and Fashion*, del infatigable editor y tipógrafo alemán Rudolph Ackermann, con quien se vinculó. Contaba en su haber además con numerosas contribuciones literarias que habían visto la luz en diversas publicaciones españolas, tanto en prosa como en verso, y varias traducciones de obras del francés y del inglés, entre la que se recuerda el *Ivanhoe* de Walter Scott. Sabor asevera que Mora «tenía un estro fácil y una pluma ligera, y en buena parte era un diletante. Todo esto lo convirtió en el hombre ideal para la tarea a que se había dedicado y le permitió ser a la vez un divulgador de conocimientos y un periodista ágil» (1995, 10). Conocido en aquellos años era el apodo con el que se lo había popularizado, «Luca fa presto», debido a la rapidez con que escribía artículos de todo género. Esta amplia experiencia y agilidad del escritor gaditano en el campo del periodismo político y cultural, fue muy valorada por Rivadavia, quien le hizo llegar la misma oferta que a De Angelis para que se trasladase al Río de la Plata (Arrieta 1957, 59-63; Monguió, 1965).

Se ha observado con razón que ambos literatos, el italiano y el español, compartían gustos y preferencias, exhibiendo no pocos rasgos en común:

los matrimonios de Angelis y Mora presentaban muchos caracteres comunes. En ambos casos, los maridos pertenecían a una clase superior a la de sus esposas. Los dos hombres tenían prácticamente la misma edad (...); ambos habían realizado sus estudios en países de origen y actuado en la milicia; los dos se habían ganado la vida con tareas culturales, conocían las lenguas consideradas como fundamentales en la época y se habían tratado en los salones

de París. Sólo se diferenciaban en que el español tenía experiencia periodística, que le faltaba a De Angelis (Sabor 1995,11).

El contrato estipulaba que De Angelis, conjuntamente al gaditano, debía encargarse de la co-dirección de dos publicaciones periódicas y de poner en funcionamiento algunos establecimientos educacionales. Las condiciones del contrato estipulaban «un sueldo de \$ 2000 al año, la cuarta parte de las unidades que dieran los dos diarios; la travesía marítima [sería] a cargo del gobierno; se le anticiparía además 800 francos, valor del pasaje de su señora, suma que él devolvería, por cuotas, a medida que fuera recibiendo su sueldo» (en Díaz Molano 1968, 44). La relación entre los dos periodistas no tardaría en deteriorarse y en desembocar en una fuerte disputa que confirmaba las insalvables diferencias de caracteres entre ellos, pero de momento se aprestaban a emprender sus proyectos en el Río de la Plata, convencidos de proseguir allí, colaborando con la política rivadaviana, su empeño en la lucha por la libertad, el progreso y la defensa de los ideales liberales, por los que habían debido partir en exilio de sus respectivos países.

En plena madurez, con 42 años, después de haber colaborado activamente con la fase muratista y el gobierno borbónico de Fernando I y haber apoyado la breve experiencia constitucionalista partenopea de 1820, el escritor napolitano se ponía al servicio de la causa liberal y republicana de Rivadavia. Si el proyecto del gobernante argentino le entusiasmó y se le reveló afín a sus primigenios ideales de juventud, la realidad argentina de los años 20' y 30' habría de confirmarle que trasponer mecánicamente a sociedades periféricas, como la del Río de la Plata, los mismos ejes de debate cultural y de opciones ideológicas políticas que interesaban en aquellos años a las sociedades europeas constituiría una desacertada evaluación de perspectivas. A los pocos meses del arribo de ambos extranjeros, el proyecto rivadaviano quedaba trunco y la decepción se apoderaría de ellos, aunque las reacciones y las respuestas fueron disímiles: mientras el español emigraba en 1828 a Chile para continuar su labor educativa y periodística, De Angelis, consciente de que sus amigos unitarios no regresarían al poder, optó por acomodarse a la nueva coyuntura, aproximándose cada vez más al bando federal, hasta convertirse finalmente en propagandista y vocero del gobierno de Rosas. De Rivadavia «no tengo más que cosas buenas por decir. Es el mismo hombre que conocí en Europa; está infinitamente por encima de sus compatriotas y si no se le hace justicia generalmente es porque no se adivina lo que vale» (cit. en Díaz Molano 1968, 51), le escribía De Angelis a su amigo Francisco Juanicó, luego de su primera entrevista con el mandatario argentino. Por su parte, Mora se despedía de sus lectores desde las páginas de su periódico londinense, el *Correo Literario y Científico de Londres*, con estas palabras que eran toda una declaración de principios liberales:

El llamamiento honroso de un eminente hombre público —escribió allí— lo separa de Europa y lo lleva a las orillas del Río de la Plata (...) El objeto de sus más ardientes deseos es la felicidad de aquellas naciones, la perpetuidad de su independencia, el triunfo de los principios republicanos sobre la tiranía, el fanatismo, la traición y la ignorancia (en Arrieta 1957, 62-63).

Pocos días después de su arribo a tierras del Plata, el italiano se puso enseguida al servicio del gobierno de Buenos Aires, asumiendo junto a Mora el encargo de editar los dos periódicos que se proponían difundir y defender el proyecto rivadaviano. En una misiva fechada a principios de marzo, De Angelis le avisaba a Juanicó que acababa de lanzar «al público el *Prospecto* de nuestro primer diario, titulado *La Crónica política y literaria de Buenos Aires*» y le anunciaba que «dentro de pocos días, aparecer[í]a otro, al cual he dado el título bobo de *El conciliador*» (en Díaz Molano, 1968, 51), inaugurando la larga lista de papeles periodísticos que el bibliógrafo napolitano habrá de fundar y dirigir en el Río de la Plata, casi todos ellos de carácter oficial, orientados a defender en general al poder político de turno. En ambos periódicos por lo general era De Angelis quien redactaba los textos en francés; luego el escritor gaditano los traducía al español, corrigiendo, añadiendo conceptos y ampliando contenidos. Como se ha indicado arriba, las dos publicaciones, algo bastante común en aquellos años, tuvieron muy breve vida. *La Crónica*, cuyo primer número vio la luz el 3 de marzo de 1827, registrando entre marzo y octubre de ese año algo más de un centenar de números, logró sobrevivir algunos meses a la caída de Rivadavia (Zinny 1869, 51-53; Sabor 1995, 407-408). *El Conciliador*, sin embargo, sólo pudo publicar su *Prospecto* y un único número de 82 páginas en mayo de ese mismo año (Galván Moreno 1944, 113-4; Sabor 1995, 406-7).

El objetivo de ambas publicaciones fue el de ampliar los núcleos temáticos hasta ahora presentes en la prensa y al mismo tiempo elevar el nivel del debate en el seno de la opinión pública, imitando a los periódicos culturales europeos. En dicha perspectiva, en el mismo mes en que aparecía *La Crónica política y literaria*, *La Gaceta Mercantil*, una de las publicaciones más importantes y longevas del período, señalaba en su número del 15 de marzo de ese año que la opinión pública en el Río de la Plata, «por la impericia y la perversidad de sus órganos era disgregada e irritada, [e invitaba a] educarla con gusto europeo, con una dirección más alta; a la comprensión [...] de las reformas sociales, que ya introducidas, Rivadavia quería desarrollar»⁶.

6. Se precisa que en las citas que proceden de la prensa periódica del XIX, tanto española como rioplatense, de ahora en más, se ha modernizado y actualizado la ortografía.

Su propósito era el de erigir, pues, a las dos publicaciones, en el marco del proyecto rivadaviano, en vehículos de formación cívica, de docencia y promoción científica y cultural. Muy valiosa en este sentido, entre otras aportaciones, fue la labor de difusión de la cultura científica en el Plata que desempeñó *La Crónica* en su breve vida. Desde sus páginas De Angelis se propuso promover y difundir los avances y las innovaciones que se registraban en el campo de la física experimental y las ciencias naturales y que reconocían en sus compatriotas Pietro Carta Molino y Carlo Ferraris, liberales exiliados y *carbonarios* como él, a dos de sus más prestigiosos impulsores:

De todos nuestros recientes establecimientos, el que fijará algún día la atención de los extranjeros, así como hoy excita poco la de los nacionales, es el Gabinete de Física y de Historia Natural que se aumenta silenciosamente en el Convento de Santo Domingo [...] Según los planes del gobierno se deben reunir en aquel sitio los objetos relativos a la enseñanza de las ciencias físicas y naturales. Por consiguiente, debe haber un laboratorio de Química, un gabinete de Física y un museo de Zoología, de Mineralogía y de Botánica (...). El Museo de que hablamos se debe en gran parte al celo de los señores Carta y Ferraris» (*La Crónica*, 11 junio de 1827).

Ambos periódicos defendieron la presidencia de Rivadavia, por lo que, a raíz de la renuncia del mandatario a finales de junio de 1827, los dos co-directores quedaron sin su principal protector, sin apoyo oficial y por tanto sin recursos para proseguir con la publicación. Si *El Conciliador* no superó su primer número, probablemente a causa de las primeras desinteligencias que asomaron entre los dos letrados europeos⁷, *La Crónica* logró mantenerse algunos meses más después de la renuncia de Rivadavia, publicando su último número el 6 de octubre de 1827. En sus artículos se reivindicaba la idea de progreso que promovía el gobierno rivadaviano, se apoyaban las ideas liberales y republicanas que lo sustentaban, se combatía el federalismo, exaltándose al mismo tiempo la política centralista y la Constitución de 1826, de fuerte contenido unitario. Era, sin duda alguna, el órgano periodístico oficial del gobierno de Rivadavia. En opinión de Sabor, «se trata de un periódico preparado seriamente, con

7. Zinny observa que «el motivo de haber cesado ese periódico es atribuido a la falta de cordial inteligencia entre ambos redactores» (1869, 50). Por su parte, Sabor precisa que «a sólo cuatro meses de llegar a Buenos Aires y muy pocos más de haberse embarcado juntos, las desinteligencias entre los dos periodistas comenzaron a parecer insalvables» (1995, 17). Sobre la actividad cultural y educadora de Mora en el Buenos Aires de Rivadavia, véanse Monguió 1965; sobre sus años en Perú, puede consultarse Monguió 1967, en el que además se encuentran datos y referencias importantes acerca de las precedentes estancias del letrado gaditano en Buenos Aires y Chile.

editoriales, información nacional y extranjera, comentarios políticos, etc. », en la que «la mano de Mora está siempre presente» (1995, 408)⁸.

En el *Prospecto* que anunciaba la salida de *El Conciliador*, los redactores explicitaban sus propósitos, señalando que

al hacer la exposición de nuestros principios, hemos trazado insensiblemente el espíritu de nuestro periódico, cuyo título indica suficientemente el fin que nos proponemos. En él sólo habrá doctrinas: principios fundamentales y saludables, únicos medios de reanimar el cuerpo social, y de sacarlo de la triste situación en que lo han puesto los odios privados, las pretensiones locales, la falta de experiencia de los unos y de sentimientos elevados de los otros (*La Crónica política y literaria*, 22 de marzo de 1827: 15; el subrayado es mío)⁹.

El diario se proponía conciliar los intereses desde la perspectiva de Buenos Aires y del proyecto centralista de los unitarios para diluir y superar las «pretensiones locales», lo que constituía una declaración de principios contra las provincias y el sistema federal. El único número de *El Conciliador* publicó un «Ensayo histórico y político sobre las provincias del Río de la Plata desde el 25 de mayo de 1810», que era una interpretación —desde la perspectiva liberal, porteña y unitaria— de la fase revolucionaria que se había abierto tras la formación de la Primera junta de 1810. En un pasaje de este extenso ensayo, después de alabar el imperio de la libertad de prensa, fruto de los hechos revolucionarios de 1810, y la noble función que debían desempeñar los papeles periódicos en la nueva fase que se había abierto, casi como una premonición de las adversidades que de allí a pocos meses ambos periodistas encontrarían, Mora y De Angelis abordaban la situación de los redactores de los primeros periódicos rioplatenses, quienes «perseguidos por las sospechas de los gobernantes, e incapaces de satisfacer las esperanzas de los gobernados» habían tenido que «renunciar a unas empresas que sólo les presentaban pérdidas y peligros» (*El Conciliador*, 18-05-1827: 9). En uno de sus últimos números, *La Crónica* anunciaba la revocación de los contratos de los dos co-directores decidida por el gobierno del nuevo presidente provisional Vicente López. Los periodistas aludían asimismo a la formal protesta que habían elevado ante escribano público para que se les reconociesen los contratos: el citado decreto de rescisión, enfatizaban, violaba «un contrato solemne que nos había arrancado a nuestras patrias adoptivas [Francia en el caso de De Angelis en

8. En el Archivo General de la Nación (AGN) es posible consultar algunos manuscritos originales en francés de De Angelis para esta publicación, y que luego el periodista gaditano vertía al español: véanse los *Papeles de Pedro de Angelis*. 7.1-7-2.

9. El manuscrito de este *Prospecto*, pero en su original en francés, se halla depositado en el AGN, véase *Papeles de Pedro de Angelis*. 7.1-7-2.

Inglaterra en el de Mora], a las sociedades más ilustres de Europa, y al decoroso bienestar que en ellas gozábamos; lejos de pedir y de adular, hicimos ante escribano público una protesta en forma, como la que se acostumbra contra un acreedor de mala fe» (en Arana 1933, 336-7). A los pocos meses, el federal Manuel Dorrego, a quien ambos periodistas habían fustigado desde las columnas de *La Crónica*, accedía al poder, abriendo uno de los momentos de mayor inestabilidad y lucha entre facciones —que habría de cerrarse parcialmente en 1835 con la concesión de la «suma el poder público a Rosas», y a partir de allí los dos letrados fueron conscientes de que sus contratos ya no serían nunca más reconocidos por las nuevas autoridades.

Periodismo y promoción educativa: iniciativas, frustraciones y ruptura

Conjuntamente a su actividad como «escritores públicos», De Angelis y Mora se empeñaron en promover la educación pública. El tema educativo, sobre todo la enseñanza pública, como es sabido, constituyó uno de los pilares sobre los que se asentó la política rivadaviana, orientada a fomentar el progreso y la educación de las nuevas generaciones. En tal sentido, ambos redactores precisaban desde las páginas de *El Conciliador* (18-05-1827) las prioridades en este campo:

el despotismo se funda en la ignorancia, y para combatirlo, era necesario instruir, antes de todo; pero los establecimientos aislados no ilustran las masas. Nuestras necesidades exigían que se ensachasen las bases de la educación pública, á fin de romper la alianza que las clases inferiores habían contraído imprudentemente con el poder, bajo los auspicios, y según las insinuaciones del clero. Era necesario, pues, organizar las escuelas elementales antes de pensar en academias y bibliotecas, que suponen una civilización más adelantada que la nuestra (*El Conciliador*; 18-05-1827: 17).

Arrieta recuerda que «reunidos por el destino y el idioma de las señoras [las parejas de ambos periodistas eran francófonas] que armonizaba el exótico cuarteto [...] los hombres convinieron asociarse en el periodismo y las mujeres en la docencia» (1957, 65-66). En efecto, en esos mismos meses las esposas de ambos redactores se hallaban empeñadas en poner en pie una escuela para señoritas, el *Colegio Argentino*, cuyo plan de estudios fue publicado en las columnas de *La Crónica Política y Literaria* en su número del 26 de julio de 1827. En el *Prospecto* se señalaba que el colegio aspiraba a «conciliar la elegancia de las maneras con la solidez de los principios». Asimismo se advertía que el nuevo instituto de enseñanza se hallaba orientado a instruir a las alumnas en «el arte de agradar en el mundo, sin desmerecer el afecto de sus

padres; sin dejar de ser buenas hijas, buenas esposas, buenas amigas y buenas madres» (*La Crónica*, 26 de julio de 1827)¹⁰.

Sin embargo, del mismo modo que con *La Crónica* y *El Conciliador*, el proyecto educativo llevado a cabo por las esposas del napolitano y el andaluz, Fanny y Melanie, tuvo muy breve existencia, cerrando sus puertas a los pocos meses. Misma suerte corrió el colegio para varones segunda enseñanza, *El Ateneo Argentino*, que en esos primeros meses de 1827 De Angelis, junto a Mora y el francés Curel, se propuso instituir, abriendo sus puertas a principios de junio de 1828 —con el español ya fuera del proyecto y radicado en Santiago de Chile—. Ese mismo año, siguiendo las coordenadas del sistema de enseñanza lancasteriano, el italiano se empeñaba también en la organización de una escuela primaria, también de vida efímera y de la que se disponen muy pocos datos (Díaz Molano 1968, 56-70 y Sabor, 1995, 21-26)¹¹. Como apunta Sabor, aludiendo a una constante en su vida, De Angelis «era hombre de formular proyectos, ambiciosos o no, pero en la mayoría de los casos, alejados de la realidad y condenados a menudo al fracaso» (1995, 26). La sociedad y el lazo de amistad entre ambos directores tuvieron también vida efímera. Aunque algunos críticos remontan dichos vínculos de amistad equivocadamente a los años en que ambos europeos residían en la ciudad parisina, es más probable que más que una verdadera amistad, en París sólo mantuvieran vínculos esporádicos y compartieran algunas amistades en común, como Verraigne. La relación, una vez derrocado el gobierno de Rivadavia, comenzó a erosionarse, hasta que la situación precipitó y la ruptura hizo que sus caminos se separasen. El escritor gaditano, ya sin la protección de su amigo Rivadavia y ante las desfavorables perspectivas que percibía ante la nueva coyuntura que se avecinaba, aceptó la oferta que a ambos le hicieron llegar las autoridades chilenas con el fin de proseguir en el país trasandino sus tareas de escritor, periodista y educador. Al poco tiempo, hacia principios de febrero de 1828, el matrimonio Mora se encontraba ya establecido en Santiago de Chile¹². De

10. De este prospecto es posible consultar un borrador en francés, como recuerda Sabor «de puño y letra de De Angelis» (1995, 54, nota 13); véase *Papeles de Pedro de Angelis*. 7.1-7.2.

11. Un prospecto de propaganda sobre el nuevo instituto de enseñanza secundaria, redactado por el napolitano, se publicó en las páginas de *La Gaceta Mercantil*, en su número del 7 de marzo de 1828. El discurso inaugural de apertura del *Ateneo* que pronunció De Angelis el 8 de junio de 1828 fue publicado por su parte en *La Gaceta Mercantil* y *El Tiempo*; reproducido luego también en De Angelis 1945, 173-184.

12. Mora permaneció en Chile tres años, entre 1828 y 1831. Allí fundó *El Mercurio Chileno* (1828-1829), revista de difusión científica y cultural que contó con la colaboración del

Angelis, en cambio, desestimó la oferta del gobierno chileno y, ante la imposibilidad de regresar a Nápoles a raíz de la situación política adversa que allí imperaba, optó por permanecer en Buenos Aires, convencido que sus amigos unitarios regresarían pronto a ejercer las riendas del poder.

Las razones de la ruptura de la sociedad De Angelis-Mora han sido múltiples, aunque la crítica ha recargado las tintas principalmente sobre el napolitano, asignando a éste las mayores responsabilidades. Es posible que los motivos deban buscarse principalmente en las diferencias de carácter entre ambos literatos, «siendo el andaluz hombre exaltado, de reacciones violentas e imprudentes, que contrastaban con el carácter más sereno y la mente fría y calculadora de De Angelis» (Sabor 1995, 26). Estas divergencias probablemente se vieron acentuadas a raíz de una posible convivencia de meses en la misma vivienda que ambos matrimonios habrían compartido como resultado de la rescisión de sendos contratos y de las urgencias económicas a las que las dos parejas debieron hacer frente. Probablemente haya incidido también la vena más acomodaticia del italiano con el poder, sin descartar al mismo tiempo eventuales desaveniencias entre ambos matrimonios en la organización del instituto para señoritas y de modo especial la puesta en marcha del *Ateneo Argentino*. «El Colegio, amigo mío, tiene la culpa de que yo esté en Chile», le escribía ya desde Santiago Mora a Florencio Varela (en Picirilli 1943, II, 398). En esta misma línea, Rivera Indarte, quien había sido federal y rosista y amigo y colaborador del italiano, deviniendo luego uno de sus más encarnizados adversarios, aseveraba que éste había estafado y desacreditado al literato español en la organización del nuevo establecimiento educativo, iniciativa a la que se había asociado también el francés Curel: «De Angelis peleó a los dos días con sus compañeros, a los que desacreditó», recordando que el napolitano se había vinculado al ambiente literario gracias a la protección del literato español, «a quien después traicionó y cuya reputación —enfaticaba, descargando toda

médico español José Passamán y del botánico italiano Carlos Bertero, y *El Constituyente*. En el país trasandino fue además redactor de la Constitución y organizó el *Liceo* de Chile. El gobierno conservador de José Tomás Ovalle lo envió luego exiliado al Perú (1831-1834), donde fundó el *Ateneo* y se dedicó a la enseñanza privada. Entre 1834 y 1838 residió en Bolivia, donde se vinculó estrechamente al presidente Andrés de Santa Cruz, siendo catedrático de Literatura de la Universidad de La Paz. En este país compuso la mayor parte de sus *Leyendas españolas*. Fue asimismo agente del presidente Santa Cruz en Londres (1838-1843) y luego en Madrid (1843-1847) como cónsul de la Confederación Perú-Boliviana. Véase Monguió 1967, en el que, además de los años en Perú, se encuentran datos y referencias importantes sobre las precedentes estancias del literato gaditano en Buenos Aires y Chile.

su animadversión hacia el italiano— ha asesinado de palabra y por escrito» (1853, 129-130)¹³.

Por su parte, Sabor alude a algunos indicios que «permiten también sospechar una actitud altanera de parte de De Angelis y de su mujer, determinada quizás por la comparación que realizarían entre el modesto origen de Fanny [la esposa de Mora] y un mayor refinamiento de Melanie por una parte, y entre lo que De Angelis consideraba su propia y brillante inteligencia y la superficialidad que atribuiría a Mora, por la otra» (1995, 26). Es posible que todos estos factores hayan colaborado de algún modo a la definitiva ruptura entre ambos ex socios, siendo el mismo Mora tal vez quien haya ofrecido de algún modo la explicación más manifiesta de sus desinteligencias con el letrado italiano. En una carta dirigida a Florencio Varela, desde su nuevo destino en Chile, el literato se refería a las diferencias de carácter entre ambos, al observar que

el fuego y el agua no son más difíciles de unirse que la ingenuidad andaluza con la afectación napolitana, porque una familia que está continuamente *en scena*, no puede vivir bajo el mismo techo con gentes naturales, simples (cit. en Díaz Molano 1968, 64).

Esta cada vez más tensa situación entre ambos, sumado a la derrota del proyecto de Rivadavia, a sus simpatías con el bando unitario y al cierre de su periódico *El Constitucional*, acabaron incidiendo en la decisión del gaditano de abandonar el Río de la Plata y cruzar la cordillera, aceptando la propuesta que le habían hecho llegar desde el país trasandino. La caída de Rivadavia y los sucesivos fracasos en el campo educativo, cierran la primera fase de De Angelis en el Río de la Plata, vinculada estrechamente al proyecto del primer presidente y a los ideales liberales y unitarios. A partir de finales de 1828, consciente de que los federales se erigían en los nuevos dominadores de la

13. Rivera Indarte alude también a Francois de Curel, ex militar francés que llegó a Buenos Aires en los mismos meses que Mora y De Angelis. Habiendo decidido Mora y su esposa afincarse en Chile, Melanie ofreció a la mujer del francés que reemplazara a Fanny, la esposa de Mora, en el Instituto de Enseñanza que habían fundado unos meses antes. Poco tiempo después, el literato napolitano se vinculó a Curel para formar conjuntamente otro Instituto de enseñanza, en este caso para varones, el arriba mencionado *Ateneo Argentino*. A poco de comenzar los cursos, surgía una fuerte disputa entre el italiano y el ex militar, que llevará a que De Angelis lo denuncie ante la justicia, aduciendo que aquél le había mentido y lo había estafado. De Angelis reclama el local de Florida, donde funcionaba el mencionado colegio y que también servía de vivienda a la familia Curel. Rivera Indarte se refiere a esta larga disputa, aunque confunde momentos y situaciones, puesto que incluye a Mora en esta sociedad vinculada al *Ateneo Argentino*, cuando en verdad el español, que había participado en las primeras gestiones, hacía ya algunos meses que se hallaba afincado en Chile.

escena política bonaerense, comenzó a olvidarse de sus primigenios ideales y decidió aproximarse a la causa federalista, refutando los principios que pocos meses antes había defendido ardientemente desde las columnas de la prensa oficial rivadaviana. Comienza una nueva fase, que acabará erigiendo al periodista napolitano, primero en colaborador y simpatizante de los federales y sucesivamente en vocero y panegirista de relieve del régimen de Rosas, trazando un itinerario, al igual que, como se ha visto, con Rivadavia y con los sucesivos gobiernos que se suceden hasta la llegada del Restaurador, que corroboran su vínculo privilegiado con el poder, orientando su pluma hacia la configuración de discursos y mecanismos de legitimación política y cultural en los dos decenios que median desde los inicios de los años 30 y la caída de Rosas (Trostiné 1945, 24-33; Díaz Molano 1968, 73-77; Sabor 1995, 59-126 y Allende Sullivan, 2009).

De Rivadavia a Rosas: mutaciones, protecciones y reacomodamientos

A partir de los sucesivos fracasos en ámbito educativo, De Angelis decidió desentenderse de este tema y optó por volcar todas sus energías en el campo del periodismo, que alternará con su vocación por la historiografía¹⁴. Defensor de la política educativa y cultural rivadaviana, pocos meses después de la caída del gobernante argentino fue olvidándose de su pasado liberal para aproximarse a las nuevas expresiones del poder político que van sucediéndose hasta la llegada de Rosas. Gandía recuerda que, a causa de sus constantes cambios de opinión y de aproximación al poder, que le permitió transitar con la misma convicción la prensa unitaria y liberal y la federal y rosista, solían llamarle «cambia colores» y «camaleón» (1945, 107). En este sentido, muchos de sus adversarios insistieron sobre sus constantes cambios de posición. Entre otros, el poeta romántico Echeverría lo acusó de estar siempre dispuesto a vender su pluma «a la más alta postura», erigiendo su vida en «una serie

14. En el campo de los estudios históricos se impone su importante *Colección de obras y documentos de las provincias del Río de la Plata*, de la que se publicaron 6 volúmenes entre 1836 y 1837. La monumental obra, cuyo mérito —más allá de lagunas y errores de transcripción— ha sido el de recuperar fuentes y documentos históricos que yacían olvidados en archivos y bibliotecas privadas, se interrumpió de modo abrupto a causa de la falta de papel, como consecuencia del bloqueo anglo-francés del puerto de Buenos Aires. Sarmiento, adversario del italiano, reconoció años después, en el periódico *Sud-América* (9 de junio de 1851), que la obra constituía «el monumento nacional más glorioso que pueda honrar a un Estado americano, y a De Angelis que emprendió su publicación, le debe la República lo bastante como para perdonarle sus flaquezas»; 1913, t. VI, 443. Sobre la *Colección*, véanse Arana 1933, 360-365; Becú 1941 y Sabor 1995, 47-52 y 306-321.

de deslealtades, de bajezas y de traiciones» (1873: 261 y 259). Rivera Indarte recordaba que, cuando Dorrego dominó Buenos Aires, el italiano «trató de acercarse a su poder. Al subir Lavalle, también se le acercó y escribió artículos terribles en contra de los federales. Cuando subieron los federales [...] Angelis renegó de todos sus principios, e imperturbable, sacrificó los principios que había defendido para sostener los opuestos [...] El principio político de De Angelis —concluía con sarcasmo— no parece otro, sino el venderse al mejor precio» (en De Angelis 1945, 522). Es verdad que Indarte, otrora federal y luego furibundo antirrosista, como se ha apuntado, acabó siendo uno de los enemigos acérrimos que cosechó el napolitano, por lo que sus consideraciones y juicios de valor se hallan teñidos por el celo intelectual, y las pasiones políticas del momento. Sin embargo, no dejan de sorprender los continuos cambios de opciones políticas y reacomodamientos del periodista italiano, buscando siempre la protección del poder y desdiciendo en sus artículos lo que pocos meses antes había defendido: como observó Sazbón, no es exagerado sostener que sus opciones políticas «estaban sostenidas por una labilidad heterónoma que desconcertó más de una vez a sus contemporáneos» (1994, 18).

La derrota y posterior fusilamiento de Dorrego a finales de 1828 habían acentuado aún más el enfrentamiento y el derramamiento de sangre entre las facciones, aunque el desarrollo de los acontecimientos habrían de corroborar la vaguedad contradictoria del mote de *unitarios* y *federales*. A partir de finales de 1828, De Angelis comenzó a aproximarse a la causa de los federales, reiniciando en 1829 sus actividades en el periodismo. Ese año asumía como redactor principal y director por unos meses en *La Gaceta Mercantil* (1823-52); publicación que a partir de esos mismos años empezaba a politizarse cada vez más y que cubrirá todo el período rosista, erigiéndose en portavoz de la causa federalista. Sucesivamente, entre 1829 y la asunción del segundo gobierno de Rosas a inicios de 1835, participó como redactor y editor responsable en diversos periódicos del período: *El Lucero* (1829-33), diario político, literario y mercantil; *El Monitor* (1833-34), *El Restaurador de las Leyes* (1833) y el semanal *Le Flaneur* (1831-32), redactado en francés y que llegó a tener muy breve vida, publicando sólo 12 números. Su participación en estas publicaciones signan su alejamiento del liberalismo rivadaviano y su desplazamiento hacia la causa del federalismo y desde 1833 su defensa explícita del rosismo (Allendez Sullivan 2009). En todos ellos, con excepción del último título citado, donde alternó artículos de literatura con otros de política internacional, defendió De Angelis la causa federal, modificando con total desenfado las posiciones que pocos meses antes había abrazado apasionadamente. Si en sus primeros meses en Buenos Aires, el periodista italiano había concebido a los

federales como una «banda de alborotadores, que a todo ponen trabas, sin sospechar el mal que hacen» (en Arana 1933, 335), a lo largo de estos primeros años 30 su posición ha variado notablemente, al reivindicar las bondades del sistema federal. Es posible que dicho cambio sea deudor de una dosis combinada de pragmatismo y oportunismo, más que de fervorosa convicción; combinación similar a la que en cierto modo exhibió por demás el mismo Rosas, quien en esos mismos años, en 1829, llegaba a confesar sus simpatías por los principios unitarios, pero declaraba que a éstos «las provincias lo contrad[ecían], y las masas en general lo detesta[ba]n», por lo que había acabado abrazando el federalismo, puesto que «al fin sólo [era...] mudar de nombre» (en Roberti, 2007).

Es sin duda *El Lucero*¹⁵, que se ocupará de política, comercio, temas históricos y crítica literaria, su iniciativa más relevante de este segundo período dedicado a la actividad periodística (Galván Moreno 1944, 129-130; Zinny 1869, 149-169 y Sabor 1995, 33-34 y 414-6). Después del *Archivo Americano* (1843-51), *El Lucero* constituye su empresa periodística de mayor relieve, habiendo logrado atravesar los gobiernos de Viamonte, Balcarce, Maza y el primero de Rosas, con una duración que alcanza casi cuatro años, superando los 1120 números, nada desdeñable para el período. Con esta publicación De Angelis se afirmaba como periodista, redactor y editor principal. *El Lucero* sancionaba el inicio de su incursión directa en el ámbito de la política¹⁶, logrando al mismo tiempo adecuar su pluma incisiva a los embates y las diversas limitaciones que sufría la libertad de imprenta en esos años convulsionados, entre diciembre de 1829 e inicios de 1832. Desde sus columnas ensalzaba ahora la causa del federalismo, elogiando a Facundo Quiroga y la campaña al desierto de Rosas, defenestraba a los unitarios del general Paz, al tiempo que asignaba amplio espacio a la difusión de documentos oficiales. En sus páginas el italiano dedicó también especial atención a la crítica literaria, habiendo publicado en su número 882 (4-10-1832), una reseña del poema de Echeverría, *Elvira o la novia del Plata*, composición lírica considerada por la crítica como el inicio del movimiento romántico en Argentina (Piccirilli, 1942)¹⁷.

15. Es posible consultar la colección completa virtual del periódico en el sitio en http://objdigital.bn.br/acervo_digital/rede_memoria/angelis/lucero/anuario_lucero.htm.

16. Como se ha indicado, ya en sus páginas están presentes todas las características del De Angelis periodista: «inteligencia probada, gran habilidad, fuerza en la polémica, capacidad para cambiar de ideas y de bando según el color del gobierno del momento, y también la formidable flexibilidad de su lenguaje para la crítica incisiva»; Sabor 1995, 33.

17. Los comentarios periodísticos al poema de Echeverría fueron en general adversos. Indignado, el poeta escribió la «Sátira a los periodistas argentinos», en la que satirizaba a *El Lucero* de De Angelis y *La Gaceta Mercantil*, que había reproducido días después la

Mucho más combativa y ya claramente vinculada a la prensa rosista, como por demás se deduce del nombre del periódico, fue su participación como editor responsable de *El Restaurador de las Leyes* (Zinny 1869, 237-9; Sabor 1995, 418-9) en la que, entre otros redactores, el italiano pudo contar con la valiosa colaboración de Lucio Mansilla, Nicolás Mariño y Manuel Yrigoyen. Esta publicación fue uno de los periódicos más estrechamente vinculados al rosismo y de los más exaltados en aquellos primeros años de la década del 30', en los que, por lo demás, la libertad de prensa se hallaba fuertemente limitada por las autoridades¹⁸. En verdad, desde los años 20' no se concebía otro periodismo que el combativo y militante y con la derrota de los unitarios a inicios de los años 30' la prensa que sobrevivió y acabó imponiéndose fue desde ya la federal, a excepción de un par de publicaciones de prédica liberal, pero de fugaz existencia, como *El Constitucional*, de Miguel Valencia, y *El Amigo del País*, de Angel Navarro, ambos de 1833. La caída de Rivadavia había abierto una fase de grave inestabilidad política en el naciente país y la trama de estos eventos, hasta la llegada de Rosas en 1835, cuando asume con la «suma del poder público», habrá de influir de algún modo también en la cultura y las letras del Río de la Plata. Es posible que la situación de anarquía por la que atravesaba Buenos Aires a principios de los años 30' hayan determinado el giro copernicano en sus simpatías y referentes políticos y haya motivado el nuevo posicionamiento político-ideológico del bibliógrafo, aproximándose al grupo victorioso que expresaba el rosismo. Emblemático en este sentido es el silencio que guardó al incluir en las páginas de su periódico *Le Flaneur* (número

citada reseña. El periodista partenopeo en verdad no había trazado un juicio negativo, sino que por el contrario había valorado algunas innovaciones de la composición, como la variedad métrica, enfatizando la novedad del «empleo del octosílabo para expresar la idea del sentimiento que otros juzgaban reservados al endecasílabo» (Arrieta, 2010). Sin embargo, en su «Sátira», el autor romántico atacó sin piedad al periodista italiano: «¿Pero ese fuego fatuo antes Lucero/ de donde vino, con su luz mentida/ a enajenar mi espíritu? que Norte/ los trajo a las riberas argentinas?/ No lo sé, no lo sé, díganlo aquellos/ que lo ven transformado en periodista/ con sandeces y ajenas producciones», aludiendo a «su pluma versátil y meliflua»; en Piccirilli 1942, 45-46; subrayado mío.

18. *El Restaurador* formó parte de la prensa combativa y violenta del año 33', que exaltó la figura de Rosas y bregó por la concesión de las facultades extraordinarias. Existen diversas opiniones sobre su protagonismo como redactor en esta publicación: su fundador había sido Manuel de Yrigoyen, quien acabó dimitiendo después del cuarto número. Zinny, siguiendo las aseveraciones de Rivera Indarte, considera que el italiano era quien dirigía de facto el periódico y proporcionaba las ideas, que luego eran desarrolladas por los otros redactores, como el mismo Yrigoyen y Mansilla. El periódico estuvo envuelto en los episodios que contribuyeron al triunfo de la Revolución de los Restauradores en 1833 que desbrozó el camino hacia la investidura de Rosas con la suma del poder público.

8; 6-2-1832) el *Decreto* de Rosas y Balcarce de febrero de 1832 que restringía la libertad de prensa. Su director publicaba el texto, pero —probablemente temeroso de la nueva coyuntura y de sus posibles consecuencias— sin incluir otra opinión o siquiera añadir comentario alguno.

Entre 1833 y 1834, sus artículos en *El Monitor* y *El Restaurador de las Leyes* revelan a un De Angelis ya rosista convencido y declarado que aboga por la concentración del poder y de las facultades extraordinarias en la figura de Rosas, poderoso estanciero bonaerense que, desde los primeros años 20', venía acumulando cada vez mayor poder. El dictador aparecía como el nuevo hombre fuerte en condiciones de garantizar el orden y la estabilidad, al disponer del apoyo de amplios sectores de la campaña y pueblos bonaerenses, en parte gracias al prestigio ganado como comandante en las campañas al desierto. En dicha perspectiva Novella Marani asevera que «las lecciones de la historia advertían a De Angelis que era preciso intentar encauzarla poniendo en una sola mano todos los resortes el poder. Rosas aparecía como el más fuerte y hábil de los caudillos y [...] De Angelis decidió apoyarlo, apremiado por los acontecimientos» (1987, 133, nota 93). Por otro lado, es el mismo letrado italiano, quien ofrece algunas pistas que pueden explicar las razones de su conversión política. En sus papeles depositados en *Archivo general de la Nación* (De Angelis 7.1-7.2) se conserva un documento de enero de 1836 con su firma en el que el italiano aludía a los motivos que habrían determinado su decisión de colaborar activamente, como escriba de fuste, con el régimen de Rosas. En dicho autógrafo, justificando su radical cambio de posición, observaba que «cuando la suprema dirección de los negocios públicos cae en manos de ciudadanos eminentes y generosos, que hacen el beneficio de su propio bienestar al deseo de ver a la Patria libre de los males que la agobian ahogando en su seno los gérmenes de la anarquía [...], es un deber de todos de la sociedad el ofrecer a ese poder regenerador sus cortos servicios y una franca y decidida cooperación».

Por su parte, Rosas percibió el valor y la importancia de la labor que el literato italiano desplegaba en el periodismo con el propósito de ampliar y consolidar, tanto en el campo político como en el cultural, las bases de consenso de su régimen político. Ya desde inicios de los años 30', Rosas se esforzó por acercar a su propio campo ideológico al ex liberal napolitano: en este sentido, en agosto de 1833 le escribía a Felipe Arana sobre el periodista extranjero en estos términos

Ya escribí al señor Guido sobre los ejemplares de nuestros periódicos, que debían mandarse a la campaña y a las provincias del interior. También sobre la necesidad de que escriba el Señor Angelis. Pero es preciso que el periódico

sea el mismo *Lucero* porque está acreditado (...) Yo deseo mucho verlo en campaña, pues *me gusta mucho el corte de esa pluma amiga nuestra* (en Sabor 1995, 43; subrayado mío)

A partir de los años 40, a través de la breve experiencia de *El espíritu de los mejores diarios que se publican en Europa* —una compilación de artículos periodísticos que procedían del exterior— y luego como editor responsable del *Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo*, tal vez el proyecto cultural y editorial más ambicioso del período rosista, De Angelis se erigió en panegirista y vocero de las políticas de Rosas, poniendo su pluma e inteligencia al servicio del proyecto del Restaurador. El *Archivo Americano*, que cubre prácticamente el último decenio del régimen de Rosas, entre 1843 y 1851, constituye el proyecto periodístico más significativo del período en tierras del Río de la Plata y, muy probablemente, el de mayor calado que abordó De Angelis en su amplia labor como periodista (Zinny, 370-394; Weiss, 1946-47; Sabor 1995, 103-111 y 404-406 y Ruggeri 2009)¹⁹. A diferencia de otras publicaciones, el *Archivo* no se hallaba dirigido a la opinión pública nacional, sino principalmente al exterior, con el fin de propagandizar y defender las políticas de Rosas en Europa y los Estados Unidos y condenar el bloqueo anglo-francés. Los artículos se publicaban en español, pero los más importantes —teniendo en cuenta que iban dirigidos a incidir sobre gobiernos y sobre la opinión pública en el extranjero—, eran vertidos también al inglés y francés. Ello constituyó toda una novedad, erigiéndose en el primer periódico trilingüe, no sólo del Río de la Plata, sino también en ámbito americano. Como editor responsable De Angelis volcó todas sus energías en esta iniciativa editorial, limitando en los algo más de 8 años de vida que se ocupó del *Archivo*, junio de 1843 a finales de 1851, prácticamente sus otras actividades literarias y culturales. En esta nueva empresa periodística, el napolitano desplegó su pluma incisiva con brillo y agilidad, obteniendo el reconocimiento entre las filas de los más ilustres partidarios del régimen de Rosas, al tiempo que se afirmó como principal contradictor del grupo de intelectuales liberales y románticos, quienes, unos años antes, en 1837, y antes de emprender el camino del exilio, habían animado el *Salón Literario* en el local de la librería de Marcos Sastre. Ahora bien, Rosas, al supervisar personalmente tanto los textos como los detalles administrativos, exhibió en esta empresa un poder casi omnímodo. Ello llevó a que el italiano —con una considerable merma en su grado de autonomía— fuese acusado por sus adversarios de «servilismo

19. Existen dos antologías parciales: la mencionada de Weiss, de la que se han publicado sólo dos volúmenes correspondientes al período 1843-45 y la más reciente compilada por P. Ruggeri, 2009, referida a la primera serie que corresponde a los años 1843-47.

incondicional» y «adulación» hacia el régimen, si bien es justo señalar que el napolitano intentó por lo general conservar cierta categoría literaria en sus labores como periodista.

Es preciso observar que la estrecha, y al mismo tiempo compleja y fluctuante, relación que el bibliófilo italiano entabló con Rosas en aquellos años ha generado no pocas controversias (Weiss 1946-47, XXVII-XXX). Como se ha apuntado, De Angelis optó por abandonar sus ideas liberales de juventud en las que se había formado y aproximarse a Rosas con el fin de recibir beneficios y poder gozar de una situación de privilegio que le otorgase prestigio y al mismo tiempo mayor estabilidad económica. Su proximidad al poder político por otro lado, al cobijo de los potentes de turno, le ofrecía mayores garantías para poder proseguir con su tarea de difusión cultural y, entre otras ventajas, continuar al frente de la Imprenta del Estado, renovando sus contratos, como responsable administrador, ocupación que siempre priorizó y desde la cual podía publicar sus estudios y desempeñar un rol más activo como periodista y difusor de saberes. Más que por convicción o por adecuación o evolución de sus ideas liberales a la nueva coyuntura, como han esbozado de modo forzoso algunos críticos (Tagle 1999, 29-31, y más parcialmente Marani 1987, 153-154), su aproximación a la causa del federalismo y constante adscripción al poder, no cabe duda, se debió a un cálculo de conveniencia, marcado por la inestabilidad y la precariedad que habían signado sus primeros años en el Río de la Plata y en la convicción de que el liberalismo rivadaviano y los unitarios ya no regresarían a ejercer el poder. Como se ha observado, el suyo fue un itinerario intelectual a «contracorriente», organizado en torno a luces y sombras aún por discernir (Grillo 2012, 255).

Su capacidad de propagador de saberes y de legitimador de los discursos del poder se puso a prueba en el debate que mantuvo con los escritores exiliados del 37, de modo especial en la polémica que lo enfrentó al poeta Echeverría²⁰. Los jóvenes de la generación romántica no le perdonaron a De Angelis que hubiese abandonado sus primigenios ideales liberales, desdiciendo su pasado, como así tampoco que se hubiese alejado, luego de haber participado en sus inicios, de las reuniones del *Salón Literario*. Pero lo que más irritó al grupo de intelectuales desterrados fue que, formado en los preceptos

20. Un detenido análisis de la polémica que De Angelis entabló con el poeta romántico, excede el marco de este trabajo por obvias razones de espacio; la misma se inscribe en el marco de la legitimación de discursos y el rol de principal contradictor que el letrado italiano desempeñó ante el grupo de los escritores del 37^o en el exilio. Para ello se remite a Gandía 1945, 107-115; Sabor 1995, 116-121, Schwartzman 2003 y mi artículo en prensa Quinziano 2013.

del liberalismo, carbonario y exiliado en Europa por sus ideales, se hubiese plegado activamente al régimen de Rosas, poniendo su pluma a su servicio. De ahí que los desterrados de la generación del 37 expresasen toda su fuerte contrariedad hacia el editor del *Archivo*, convertido en «escriba» y legitimador del discurso del poder rosista, como nos revelan las dos polémicas cartas que Echeverría le dedicó en 1847 (1873, 228-326), en respuesta al escrito que el italiano había publicado en las columnas del periódico a principios de ese año, enjuiciando negativamente *El Dogma Socialista* del autor romántico (De Angelis 1945, 373-385). La crítica ha puesto de realce el vínculo estrecho que se ha entablado entre liberalismo y romanticismo en los primeros decenios del siglo XIX. Como se ha observado, el surgimiento y triunfo de la nueva corriente estética se hallaba vinculada «con las luchas que los pueblos europeos sostenían entonces por ensanchar la concepción del liberalismo» (Weinberg 1967, 171). Fue el mismo Víctor Hugo, quien había señalado por demás que «el romanticismo, si se lo considera en su aspecto más militante, no es otra cosa que el liberalismo en literatura». El italiano había transitado un itinerario inverso: de haber apoyado las ideas liberales había acabado legitimando el absolutismo y la reacción, y en lugar de abrazar la nueva corriente del romanticismo, había permanecido aferrado a las ideas neoclásicas y a concepciones estéticas dieciochescas, burlándose para más del término «romántico». La reafirmación doctrinaria que exhibía la segunda carta del poeta anticipaba en cierto modo el binomio *civilización/barbarie* que habrá de atravesar el sustrato de la cultura rioplatense a lo largo de la segunda mitad del XIX: «Usted defiende a Rosas y su sistema, nosotros lo atacamos y abogamos por el *progreso* y la *democracia*» (1873: 230). En opinión de los jóvenes exiliados ambos términos eran incompatibles con el régimen de Rosas y trazaban una discriminante de campos para los liberales desterrados: en definitiva la polémica describía las prioridades y los fundamentos culturales e ideológicos sobre los que apoyaban ambos bandos.

La controversia De Angelis-Echeverría revela uno de los eslabones más significativos para comprender los diversos saberes y discursos de legitimación de construcción cultural de la idea de nación que se hallaban en pugna a mediados del siglo XIX (Schvartzman 2003 y Quinziano 2013). La disputa, que era personal, pero sobre todo de índole política, cultural, estética y en parte también generacional, legitimaba discursos e intereses antagónicos, confirmando los diversos posicionamientos de los intelectuales rioplatenses en sus preferencias estéticas y ante los factores de poder; posicionamientos que en este último caso oscilaron entre la efectiva colaboración o el enfrentamiento frontal. En dicha contienda, que desvela la centralidad de las relaciones

emblemáticas que el periodismo y el campo cultural han entablado con el poder político en la primera mitad del XIX y a De Angelis como mediador privilegiado entre ambas esferas —la política y la cultural (Sazbon 1994; Quinziano 2013) el letrado italiano, una vez más, como «escritor público» vinculado a la prensa de carácter oficial, optó por la primera de las opciones, erigiéndose en «intelectual orgánico» del proyecto de Rosas, poniendo su «pluma amiga» y su caudal de saberes al servicio del poder para legitimar sus intereses y articular su defensa ante quienes ponían en discusión las premisas —tanto políticas como culturales— sobre las que dicho proyecto se asentaba.

Bibliografía

- ALLENDEZ SULLIVAN, Patricia. 2009. «Don Pedro de Angelis, el periodista de Rosas». Consultora de Ciencias de la Información. Documentos de Trabajo (Buenos Aires), 1 (Área Historia), 1-27. <http://www.slideshare.net/pattsul/don-pedro-de-angelis-el-periodista-de-rosas>
- ARANA, Enrique (h).1933. «Pedro de Angelis,1784-1859: su labor literaria, histórica y periodística». *Boletín de la Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales*, año 1, 5, 323-355.
- ARRIETA, Rafael A. 1957. *La literatura argentina y sus vínculos con España*, Buenos Aires, Ed. Uruguay.
- ARRIETA, Rafael A. 2010 [1958]. «Esteban Echeverría y el romanticismo en el Plata; Las letras en el destierro», en *Historia de la literatura argentina*, 6 tomos, Buenos Aires, Peuser, Tomo II, 21-111. Ed. digital: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/esteban-echeverria-y-el-romanticismo-en-el-plata/>
- BECU, Teodoro. 1941. *La Colección de D. Pedro de Angelis, Groussac y el «Diario» de Alvear*, Buenos Aires, Losada.
- BOURDIEU, Pierre. 2003 [1981]. «Campo intelectual, campo de poder y habitus de clase», en *Campo del poder, campo intelectual*, Buenos Aires, Quadrata, 72-88.
- CONCILIADOR (EL). 1827. Único número. Ed. digital: http://objdigital.bn.br/acervo_digital/rede_memoria/angelis/conciliador/conciliador.htm
- DE ANGELIS, Pedro. Papeles de Pedro de Angelis; signatura 7.1-7. 2. Archivo General de la Nación (AGN).
- DE ANGELIS, Pedro. 1945. *Acusación y defensa de Rosas*, compilado por R. Trostiné, Buenos Aires, La Facultad.
- DÍAZ MOLANO, Elías. 1968. *Vida y obra de Pedro de Angelis*, Santa Fe, Colmegna.
- ECHEVERRÍA, Esteban. 1873 [1847]. «Cartas a Don Pedro de Angelis, editor del Archivo Americano», en *Obras Completas de D. Esteban Echeverría. Escritos en prosa*, ed. Juan M^a Gutiérrez, 4 tomos, Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, Tomo IV, 228-326.

- FERNANDEZ, Juan R. 1943. *Historia del periodismo argentino*, Buenos Aires, Librería Perlado.
- GALVÁN MORENO, Carlos. 1944. *El periodismo argentino*, Buenos Aires, Claridad.
- GANDIA, Enrique de. 1945. «Las ideas políticas de Pedro de Angelis», en P. de Angelis. *Acusación y defensa de Rosas*, comp. por R. Trostiné, Buenos Aires, La Facultad, 93-170.
- GARCIA CASTAÑEDA, Salvador. 2002. «José Joaquín de Mora ante la España de su tiempo», en *Los Románticos teorizan sobre sí mismos*. Actas del VIII Congreso (Saluzzo, 21-23/03/2002), Boloña, Il Capitello del Sole, 133-142.
Ed. digital: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/jos-joaquin-de-mora-ante-la-espaa-de-su-tiempo-0/>
- GRILLO, Rosa M. 2012. «Pietro de Angelis tra Rivadavia e Rosas». *Rivista Italiana di Studio Napoleonici*, Vol. XLI. Pag. 245-258.
- LOJO, María Rosa. 1998. *La princesa federal*, Buenos Aires, Planeta. [nueva ed.: Buenos Aires, Debolsillo, 2005].
- LUCERO (EL). 1829-1833.
Ed. digital: http://objdigital.bn.br/acervo_digital/rede_memoria/angelis/lucero/anuario_lucero.htm.
- MARANI, Alma N. 1987. «Pietro de Angelis», en *Cinco amigos de Rivadavia*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, Centro de Estudios Italianos, 95-187.
- MONGUIO, Luis. 1965. «Don José Joaquín de Mora en Buenos Aires en 1827». *Revista Hispánica Moderna*, 31, 1-4, 303-328.
- MONGUIO, Luis. 1967. *Don José Joaquín de Mora y el Perú del Ochocientos*, Madrid, California University Press-Castalia.
- PICCIRILLI, Ricardo. 1942. «Sátira a Los periodistas argentinos de Echeverría». *Boletín del Instituto de Investigaciones Históricas*, 26, 34-56.
- PICCIRILLI, Ricardo. 1943. *Rivadavia y su tiempo*. Buenos Aires, Peuser, 2 vols.
- QUINZIANO, Franco. 2011. «Il Trienio Liberal spagnolo nel Río de la Plata (1820-1824). *El Argos de Buenos Aires* ed *El Centinela*, tra affinità e diffidenze». *Eadem Utraque Europa*, VII, 12, 79-114.
- QUINZIANO, Franco. 2013. «Pedro de Angelis, esa pluma amiga nuestra: prensa periódica y campo cultural de Rivadavia a Rosas». *Cuadernos del Hipogrifo. Revista de Literatura Hispanoamericana y Comparada*, en prensa.
- RIVERA INDARTE, José. 1853. *Rosas y sus opositores*, Buenos Aires, Imprenta de Mayo, 2º ed.
- ROBERTI, Miguel A. 2007. Juan Manuel de Rosas. *Historia para Todos*: <http://www.historiaparatodos.com.ar/ROSAS%20TXT.html>
- RUGGERI, PAULA ed. 2009. *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*. Primera serie 1843-1847, Buenos Aires, Ed. Biblioteca Nacional.
- SABOR, Josefa E. 1995. *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*, Buenos Aires, Ed. Solar.

- SARMIENTO, Domingo F. 1913. *Obras Completas*, ed. A. Belín Sarmiento, Buenos Aires, La Facultad, 56 tomos.
- SAZBON, José I. 1994. «De Angelis y los literatos argentinos». *Espacios*, 15, 18-22.
- SCHVARTZMAN, Julio. 2003. «Polémica o guerra? Echeverría, De Angelis y los viejos unitarios». *Boletín del Centro de Estudio de Teoría y Crítica Literaria*, 11, 1-13. www.celarg.org
- TAGLE ACHAVAL, Carlos. 1999. «La vida y el pensamiento de Pedro de Angelis», en C. Tagle Achával y A. González Arzac, *Proyecto constitucional de Pedro de Angelis*, Buenos Aires, Instituto Juan Manuel de Rosas, 11-40.
- TROSTINE, Rodolfo. 1945. «Pedro de Angelis y la cultura rioplatense», en P. de Angelis, *Acusación y defensa de Rosas*, comp. por R. Trostiné, Buenos Aires, La Facultad, 9-92.
- WEINBERG, Félix. 1967. «La época de Rosas y el romanticismo», en *Capítulo. La historia de la literatura argentina*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 8, 169-192.
- WEISS, Ignacio. 1944. *Los antecedentes europeos de Pedro de Angelis*, Buenos Aires, El Ateneo.
- WEISS, Ignacio. 1946-1947. «Juan Manuel de Rosas, Pedro de Angelis y el Archivo Americano», en *Archivo Americano y Espíritu de la Prensa del Mundo*. Primera reimpresión conforme a la ed. original [1843-1851], Buenos Aires, Editorial Americana, I, VII-LX.
- ZINNY, Antonio. 1869. *Efemeridografía argirometropolitana hasta la caída del gobierno de Rosas*, Buenos Aires, Imprenta del Plata.

Fecha de recepción: 13/09/2013

Fecha de aceptación: 09/10/2013